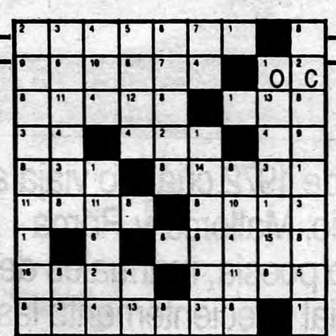
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES

CANOA APILE
RECRIMINA
PO RENOS SA
I VELARAN V
ALA N ASI
DESANIMADOS
OSO M IRA
S SENADOR R
OC MODOS PE
AMINORABA
CLERO ERIZO

SLOW BOAT FROM CHINA EN EL DELTA

LECTURAS

Página/2/3



Verano/12

ECLIPSE

(Por Juan José Saer) Se oía el rumor de los pasos sobre la arena, la respiración de muchos, el ruido de las manos que, por descuido, rozaban el cuerpo propio o algún cuerpo ajeno, pero ninguna voz subía de la muchedumbre cada vez más densa que, reunida en la playa, fijaba la vista en el cielo. A pesar del silencio flotaba, en la oscuridad que iba espesándose, un hálito de certidumbre. Yo creía percibir, con el corazón palpitante, su sentido. Al borrarse, en un espacio que se convertía, ante sus propios ojos, en noche pura, la luna, de la que la costumbre podía hacernos creer que era imperecedera, corroboraba, con su extinción gradual, la convicción antigua que se manifestaba, a sabiendas o no, en todos los actos y en todos los pensamientos de los indios. Lo que estaba ocurriendo, ellos ya lo sabían desde el principio mismo del tiempo. Para ellos, vivir había sido un apretujarse en hordas circunspectas y desoladas, a la espera del único acontecimiento digno de ese nombre que esa noche, llegando súbito y sin presagios anunciadores tenía, de una vez por todas, lugar. Ninguna agitación exterior sacudía a la muchedumbre. Inmóvil y silenciosa, contemplaba el cielo cuya oscuridad, como iba haciéndose cada vez más espesa, espesaba también las siluetas de los indios que iban confundiéndose más y más con la negrura.

Entretanto, la luna se borraba bajo ondas sucesivas y cada vez más frecuentes de oscuridad. Capas densas de sombra se iban superponiendo unas a otras, verticales, surgiendo cada vez más rápidas del mismo borde y ganando poco a poco la superficie entera. Al principio podía verse todavía el contorno circular, como una especie de nimbo azulado hecho de una claridad irrisoria, a la que, por otra parte, la palabra claridad podía aplicársele únicamente en contraste con la negrura absoluta contra la que se recortaba. Pero, por último, hasta ese rastro débil se borró. Nada podría darle un nombre, en los minutos que siguieron, a esa negrura. Y silencio no es, ni por lejos, la palabra que le cuadra a esa ausencia de vida. Como a mí mismo, estoy seguro de que esa oscuridad les estaba entrando tan hondo que ya no les quedaba, tampoco adentro, ninguna huella de la lucecita que, de tanto en tanto, provisoria y menuda, veían brillar. Al fin podíamos percibir el color justo de nuestra patria, desembarazado de la variedad engañosa y sin espesor conferida a las cosas por esa fiebre que nos consume desde que empieza a clarear y no cede hasta que no nos hemos hundido bien en el centro de la noche. Al fin palpábamos, en lo exterior, la pulpa brumosa de lo indistinto, de la que habíamos creído, hasta ese momento, que era nuestro propio desvarío, la chicana caprichosa de una criatura demasiado mimada en un hogar material hecho de necesidad y de inocencia. Al fin llegábamos, después de tantos presentimientos, a nuestra cama anónima.

Por venir de los puertos, en los que hay tantos hombres que dependen del cielo, yo sabía lo que era un eclipse. Pero saber no basta. El único justo es el saber que reconoce que sabemos únicamente lo que condesciende a mostrarse. Desde aquella noche, las ciudades me cobijan. No es por miedo. Por esa vez, cuando la negrura alcanzó su extremo, la luna, poco a poco, empezó de nuevo a brillar. En silencio, como habían venido llegando, los indios se dispersaron, se perdieron entre el caserío y, casi satisfechos, se fueron a dormir. Me quedé solo en la playa. A lo que vino después, lo llamo años o mi vida —rumor de mares, de ciudades, de latidos humanos, cuya corriente, como un río arcaico que arrastrara los trastos de lo visible, me dejó en una pieza blanca, a la luz de las velas ya casi consumidas, balbuceando sobre un encuentro casual entre y con, también a ciencia cierta, las estrellas—.

Alejandro Manara (Buenos Aires, 1954) a partir de 1972 cuando viaja a Londres, pasa temporadas en Barcelona, Tokio, Mallorca y Roma Desde 1984 vive en Buenos Aires. Ha traducido poesía, manuales de máquinas de coser para Mitsubishi, algún policial y recientemente las cartas entre Henry James y Robert L. Stevenson. Regentea un restaurante y hace ocho años que ha evitado publicar una novela.

SLOW BOAT FROM CHINA

Por Alejandro Manara
A Pablo Ortiz

Frida lo llevó a Mauro al aeropuerto. De Kennedy viajaba a De Gaulle y de allí a Manila en donde subiría al barco. La despedida fue desgarradora o por lo menos así la escribió ella en la primera carta que Mauro recibió en Bangkok. El barco era un *tramp cargo*, un carguero vagabundo con bandera liberiana. Las paradas eran muchas y breves o de repente, se detenían en un puerto de amarra barata por varias semanas. La tripulación era más de cuidado que de costumbre, pero Mauro no prestaba mucha atención. Estaba concentrado en la escritura de las cartas que después de una selección rigurosa mandaba a Nueva York.

Habían pasado cuatro meses desde que Mauro partió de Nueva York. Por ambas partes las cartas eran regulares. El intercalaba la sugerencia de un viaje de ella al Oriente para compartir la luna de los trópicos. Ella hacía referencia intermitente a sus clases y a su tesis *La autobiografía como forma de ficción* y al frío de la calle y de la cama en la noche.

Mauro estaba desacostumbrado a las pasiones lejanas y cuando bajaba a tierra se sentía incómodo. Los otros oficiales armaban una juerga y él debía acusar algún malestar y retirarse temprano. Se prendía al ron Captain Morgan con una rebanada de limón y con Coca-Cola y hielo. Escribía cartas hasta la madrugada y dormía poco y mal.

La rutina era útil. Cuando había carga o descarga, se distraía. En caso contrario, deambulaba por las calles ruidosas, se metía en un cine detrás de otro, compraba revistas de actualidad. Prefería la comida local a la del barco. Ordenaba platos de pescado muy picantes y un par de cervezas.

Dos meses más pasaron entre Indochina, Filipinas e Indonesia hasta que saltaron a Shanghai. Allí Mauro no resistió la tentación y la llamó por teléfono. Fue una sorpresa para ambos. Para él una especie de alivio con efecto retardado y para ella, la ruptura del encantamiento que tenían las cartas. Su frío de Nueva York las necesitaba fervientemente. Mauro se esforzó en no mencionar que ya faltaba poco para volverse a ver. Supuso que eso lo había escrito en algún lugar antes.

En China la vida tomó un matiz menos relajado y Mauro sintió un impulso hacia los recorridos turísticos. Después de tres puertos chinos llegaron a Shimonoseki, sobre la costa oeste del Japón. Bajaron hacia el sur y estuvieron una semana en Hiroshima. Pudo visitar la ciudad de Kioto y le mandó una postal del Jardín del Poeta. Había dejado de recibir cartas desde Shanghai, pero supo echarle la culpa al correo chino.

En Yokohama llamó por teléfono varias veces, pero nadie respondía. Por fin la mañana antes de iniciar el cruce del Pacífico, la localizó.

La travesía fue más aburrida que de costumbre. A último momento tuvieron que evitar el puerto de Honolulu, por la cancelación de una carga. Una mañana llegaron a San Francisco; había sido un viaje demasiado largo. Arregló sus papeles para tener tres meses libres.

Antes de subirse al Greyhound la llamó por teléfono. Sin respuesta. Quiso esperar al bus siguiente; observó la sordidez de la sala de espera y cambió de parecer. Después de cuatro horas llegaron a Reno, en Nevada, donde no tuvo tiempo más que para mear. La próxima parada importante fue diez horas después en Salt Lake City, la ciudad de los mormones.

Allí bajó a comer algo caliente. Como eran las siete de la mañana en Nueva York, consiguió a Frida, que aún no se había levantado. Ella le pidió que la llamara a la media hora. Mauro le aclaró que en diez minutos partía su bus, pero que si bien no sabía cuándo iba a llegar, intentaría hablarle de otra parada. Tanto se demoraron en explicaciones que la conversación le costó casi cinco dólares.

En Cheyenne, Wyoming, Mauro comió su tercera buena hamburguesa norteamericana. Eran las cinco de la tarde y caía el sol sobre la planicie. El viento era fuerte y el cielo permaneció azul largo rato hasta que oscureció de repente.

Llegaron a Omaha, en Nebraska, a las tres de la mañana y como había dormido un poco, bajó a ver qué había para ver. Se tomó un café y huevos con jamón porque le gustó el Diner. Tres horas después entraban a Des Moines. Hubo cambio de bus. No quiso llamar a Nueva York, pero cuando hizo el cálculo de las horas, consideró que era razonable y marcó el número. Ella se disculpó por el episodio anterior y le contó de las clases que la absorbían mucho y se quejó por el poco tiempo libre. Quedaron en hablar más adelante.

Mauro pensaba almorzar algo bueno en Chicago, pero la terminal estaba en un barrio más bien feo y decaído y no pudo encontrar nada más que la inevitable hamburguesa. Se tomó tres cervezas y se quedó dormido apenas el bus entró en la autopista.

Era ya de noche cuando entraron en Cleveland. El cuerpo le dolía. Se sentía sucio e intentó masajearse un poco el cuello. Los negros con sus peinados y los rednecks con sus botas y sus sombreros y las estudiantas rubias del Oeste Medio con sus grandes tetas encerradas en las camperas de duvet, ahora pasaban como si nada. Habló con Frida y cuando le contó a la hora que llegaba, ella se alarmó. No podía ir a esperarlo pues enseñaba en el mismo horario. Entonces Mauro llamó a Pedro, un viejo amigo músico del Colegio Nacional. Pedro le contó que la mujer acababa de dejarlo por otro músico. Por supuesto que lo esperaría en la terminal.

Desde Cleveland a Nueva York fueron diez horas de insomnio. En Des Moines se había comprado un Four Roses y poco a poco, con la botella envuelta en la bolsita de papel madera, fue terminando el contenido. De repente añoraba el trópico, el aire sobre la cubierta, la comida sabrosa y picante. El zumbido del bus en el túnel de la noche lo acompañaba. Abría y cerraba la ventanilla, se levantaba para mear y encontraba el retrete casi siempre ocupado. Intentó fumar sus cigarros toscanos pero muy rápidamente otro pasajero le recordó la prohibición. Además empezó a sentir frío, el frío que produce el alcohol cuando se diluye la llamarada inicial.

Cruzó el puente George Washington a las ocho de la mañana; llovía y tenía la boca seca. Se frotó los brazos y la cara. Cuando bajó a la calle golpeó los pies sobre el asfalto. Pedro esperaba en su viejo Toyota, dormitando. Mauro abrió la puerta, puso su valija en el asiento trasero y su bolso entre las piernas. Se dieron un fuerte apretón de manos y Pedro arrancó el auto.

Pedro conocía la historia pero prefirió callar. Pararon en un supermercado y compraron comida. Cuando entraron al departamento, Mauro quiso echarse a dormir, pero mientras Pedro preparaba el desayuno empezó a hablar. Lo necesitaba.

Después de cuatro días y de varias botellas de Four Roses pudieron salir a enfrentar al mundo. A Frida, Mauro la vio un año después, por casualidad, en una fiesta de amigos comunes.



Alejandro Manara (Buenos Aires, 1954) a partir de 1972 cuando viaja a Londres, pasa temporadas en Barcelona, Tokio, Mallorca y Roma Desde 1984 vive en Buenos Aires. Ha traducido poesía, manuales de máquinas de coser para Mitsubishi, algún policial y recientemente las cartas entre Henry James y Robert L. Stevenson. Regentea un restaurante y hace ocho años que ha evitado publicar una novela.

SLOW BOAT FROM CHINA

Por Alejandro Manara
A Pablo Ortiz

Frida lo llevó a Mauro al aeropuerto. De Kennedy viajaba a De Gaulle y de allí a Manila en donde subiría al barco. La despedida fue desgarradora o por lo menos así la escribió ella en la primera carta que Mauro recibió en Bangkok. El barco era un *tramp cargo,* un carguero vagabundo con bandera liberiana. Las paradas eran muchas y breves o de repente, se detenían en un puerto de amarra barata por varias semanas. La tripulación era más de cuidado que de costumbre, pero Mauro no prestaba mucha atención. Estaba concentrado en la escritura de las cartas que después de una selección rigurosa mandaba a Nueva York.

Habían pasado cuatro meses desde que Mauro partió de Nueva York. Por ambas partes las cartas eran regulares. El intercalaba la sugerencia de un viaje de ella al Oriente para compartir la luna de los trópicos. Ella hacía referencia intermitente a sus clases y a su tesis *La autobiografía como forma de ficción* y al frío de la calle y de la cama en la noche.

Mauro estaba desacostumbrado a las pasiones lejanas y cuando bajaba a tierra se sentía incómodo. Los otros oficiales armaban una juerga y él debía acusar algún malestar y retirarse temprano. Se prendía al ron Captain Morgan con una rebanada de limón y con Coca-Cola y hielo. Escribía cartas hasta la madrugada y dormía poco y mal.

La rutina era útil. Cuando había carga o descarga, se distraía. En caso contrario, deambulaba por las calles ruidosas, se metía en un cine detrás de otro, compraba revistas de actualidad. Prefería la comida local a la del barco. Ordenaba platos de pescado muy picantes y un par de cervezas.

Dos meses más pasaron entre Indochina, Filipinas e Indonesia hasta que saltaron a Shanghai. Allí Mauro no resistió la tentación y la llamó por teléfono. Fue una sorpresa para ambos. Para él una especie de alivio con efecto retardado y para ella, la ruptura del encantamiento que tenían las cartas. Su frío de Nueva York las necesitaba fervientemente. Mauro se esforzó en no mencionar que ya faltaba poco para volverse a ver. Supuso que eso lo había escrito en algún lugar antes.

En China la vida tomó un matiz menos relajado y Mauro sintió un impulso hacia los recorridos turísticos. Después de tres puertos chinos llegaron a Shimonoseki, sobre la costa oeste del Japón. Bajaron hacia el sur y estuvieron una semana en Hiroshima. Pudo visitar la ciudad de Kioto y le mandó una postal del Jardín del Poeta. Había dejado de recibir cartas desde Shanghai, pero supo echarle la culpa al correo chino.

En Yokohama llamó por teléfono varias veces, pero nadie respondía. Por fin la mañana antes de iniciar el cruce del Pacífico, la localizó.

La travesía fue más aburrida que de costumbre. A último momento tuvieron que evitar el puerto de Honolulu, por la cancelación de una carga. Una mañana llegaron a San Francisco; había sido un viaje demasiado largo. Arregló sus papeles para tener tres meses libres.

Antes de subirse al Greyhound la llamó por teléfono. Sin respuesta. Quiso esperar al bus siguiente; observó la sordidez de la sala de espera y cambió de parecer. Después de cuatro horas llegaron a Reno, en Nevada, donde no tuvo tiempo más que para mear. La próxima parada importante fue diez horas después en Salt Lake City, la ciudad de los mormones.

Allí bajó a comer algo caliente. Como eran las siete de la mañana en Nueva York, consiguió a Frida, que aún no se había levantado. Ella le pidió que la llamara a la media hora. Mauro le aclaró que en diez minutos partía su bus, pero que si bien no sabía cuando iba a llegar, intentaría hablarle de otra parada. Tanto se demoraron en explicaciones que la conversación le costó casi cinco dólares.

En Cheyenne, Wyoming, Mauro comió su tercera buena hamburguesa norteamericana. Eran las cinco de la tarde y caía el sol sobre la planicie. El viento era fuerte y el cielo permaneció azul largo rato hasta que oscureció de repente.

Llegaron a Omaha, en Nebraska, a las tres de la mañana y como había dormido un poco, bajó a ver qué había para ver. Se tomó un café y huevos con jamón porque le gustó el Diner. Tres horas después entraban a Des Moines. Hubo cambio de bus. No quiso llamar a Nueva York, pero cuando hizo el cálculo de las horas, consideró que era razonable y marcó el número. Ella se disculpó por el episodio anterior y le contó de las clases que la absorbían mucho y se quejó por el poco tiempo libre. Quedaron en hablar más adelante.

Mauro pensaba almorzar algo bueno en Chicago, pero la terminal estaba en un barrio más bien feo y decaído y no pudo encontrar nada más que la inevitable hamburguesa. Se tomó tres cervezas y se quedó dormido apenas el bus entró en la autopista.

Era ya de noche cuando entraron en Cleveland. El cuerpo le dolía. Se sentía sucio e intentó masajearse un poco el cuello. Los negros con sus peinados y los rednecks con sus botas y sus sombreros y las estudiantas rubias del Oeste Medio con sus grandes tetas encerradas en las camperas de duvet, ahora pasaban como si nada. Habló con Frida y cuando le contó a la hora que llegaba, ella se alarmó. No podía ir a esperarlo pues enseñaba en el mismo horario. Entonces Mauro llamó a Pedro, un viejo amigo músico del Colegio Nacional. Pedro le contó que la mujer acababa de dejarlo por otro músico. Por supuesto que lo esperaría en la terminal.

Desde Cleveland a Nueva York fueron diez horas de insomnio. En Des Moines se había comprado un Four Roses y poco a poco, con la botella envuelta en la bolsita de papel madera, fue terminando el contenido. De repente añoraba el trópico, el aire sobre la cubierta, la comida sabrosa y picante. El zumbido del bus en el túnel de la noche lo acompañaba. Abría y cerraba la ventanilla, se levantaba para mear y encontraba el retrete casi siempre ocupado. Intentó fumar sus cigarros toscanos pero muy rápidamente otro pasajero le recordó la prohibición. Además empezó a sentir frío, el frío que produce el alcohol cuando se diluye la llamarada inicial.

Cruzó el puente George Washington a las ocho de la mañana; llovía y tenía la boca seca. Se frotó los brazos y la cara. Cuando bajó a la calle golpeó los pies sobre el asfalto. Pedro esperaba en su viejo Toyota, dormitando. Mauro abrió la puerta, puso su valija en el asiento trasero y su bolso entre las piernas. Se dieron un fuerte apretón de manos y Pedro arrancó el auto.

Pedro conocía la historia pero prefirió callar. Pararon en un supermercado y compraron comida. Cuando entraron al departamento, Mauro quiso echarse a dormir, pero mientras Pedro preparaba el desayuno empezó a hablar. Lo necesitaba.

Después de cuatro días y de varias botellas de Four Roses pudieron salir a enfrentar al mundo. A Frida, Mauro la vio un año después, por casualidad, en una fiesta de amigos comunes.



EN EL DELTA

Llegaron al puerto a las tres de la tarde. En la ciudad habían almorzado en una parrilla al aire libre con vino de precio. Para los galeses era vida de magnates. El guía, se acercó a una de las lanchas y negoció una vuelta por el Delta. Luego volvió a la camioneta donde esperaban los galeses y el cameraman.

—¿Five hours, 500 australes, is that OK? —le preguntó al galés barbudo.

—¿What do you think? —dijo el tipo.

—Yeah, I think is OK —dijo el guía. Cargaron parte del equipo y se dirigieron al embarcadero. El motor de la lancha ya estaba regulando y el asistente del lanchero sujetaba la amarra. Subieron las dos mujeres, el barbudo, el cameraman y el guía por último. En la proa había cuatro sillones de madera y los galeses se acomodaron. El guía se sentó dentro de la cabina.

Apenas se alejaron del puerto empezó a correr un poco más de aire. El lanchero llamó al guía con un gesto. Le mostró un grasiento mapa del Delta y le preguntó qué recorrido querían hacer. Eligió uno por canales pequeños. Por la mitad del trayecto iban a parar en un hotel para poder bañarse en el río y tomar algo fresco.

El guía se acomodó en la cabina e intentó dormir una siesta. La camisa se le pegaba al cuerpo y el sudor le hacía picar el cuero cabelludo. Los galeses fumaban y tomaban el sol encantados. Cada tanto señalaban alguna mansión y preguntaban el precio. Le indicaban al cameraman algunas tomas pero básicamente gozaban del buen tiempo sin preocuparse del calor.

La lancha avanzaba a media máquina. Cada vez que cruzaban otra embarcación, el oleaje la hacía oscilar y los galeses se reían. Le quitaban solemnidad a la quietud de las islas.

El guía se adormiló y despertó cuando estaban atracando. Una vieja casona de madera medio despintada se levantaba entre los árboles. El lanchero los ayudó a bajar y los acompañó hasta un salón con un gran ventanal sobre el río. Todos fueron a ponerse un traje de baño, menos el guía, que se sentó a hojear una revista con un porrón de cerveza en la mano. Estaba cabeceando en la reposera cuando una mujer del hotel se le acercó y con una sonrisa le preguntó si deseaba algo más.

—Un café, por favor —dijo.

—Sí, ya te lo traigo, —dijo ella tuteándolo. La miró alejarse y observó cómo se movía el ganapán dentro del apretado uniforme de algodón. Peroo no bien la perdió de vista pensó que debía pedir un café fuerte, uno que lo despabilara realmente.

Se incorporó y fue hacia la puerta por donde supuso que ella había desaparecido. Al entrar, la vio manipulando la máquina del café al final de la barra. Las cortinas de ese salón estaban cerradas.

—¿Lo podés hacer bien fuerte? —le dijo acercándose.

—Como quieras. Entonces este me lo tomo yo —dijo mientras le ponía un terrón de azúcar—. ¿De dónde son esta gente?

—Son de la televisión inglesa. Vinieron para las elecciones —dijo él. La mujer tenía unos cuarenta años. Le miró el escote, la boca gruesa y los dientes blancos.

—Y contame, ¿van a filmar en este hotel? —dijo ella.

—Tal vez, no sé —dijo el guía.

—Entonces me tengo que ir a arreglar —dijo ella.

—Pero, si estás lo más bien —dijo él.

—¿Te gusta el café así?

—Sí, está muy bueno —dijo—. ¿Este hotel está abierto todo el año?

—Sí. Pero en el invierno sólo viene gente los fines de semana.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—Veinticinco matrimoniales y ocho simples, ¿querés ver alguna? Ahora están todas vacías. Si sigue este calor puede ser que el sábado venga gente.

—Bueno, mostrame una cualquiera.

Subieron por una escalera ancha hasta el primer piso y ella sacó una llave del bolsillo del uniforme. Abrió la segunda puerta y el destello de la tarde iluminó la cama cubierta por una colcha blanca. La madera de las paredes y de las puertas estaba barnizada y las manijas de bronce estaban lustradas. El guía respiraba dificultosamente como si hubiera corrido. La mujer abrió la puerta del baño.

—¿Qué te parece? —dijo ella, mirándose al espejo y arreglándose el pelo con la mano.

—Muy lindo, quizá venga alguna vez a pasar unos días —dijo el guía y se le acercó por detrás hasta apoyarse contra ella. El botiquín era antiguo con el espejo gastado en los bordes. Le puso una mano en cada pecho y le besó el cuello. Ella apretó sus manos sobre las suyas y lo miró en los ojos. Así estuvieron unos instantes antes de besarse. Luego ella se volteó y comenzó a desabotonarse el uniforme. El se apartó para observarla. Cuando todos los botones estuvieron desprendidos hasta abajo, ella lo abrió. El corpiño blanco ahogaba a dos enormes pechos. El guía introdujo una mano adentro, mientras que con la otra lo desabrochaba. Se besaron y cayeron sobre la cama.

Desde el jardín lo despertaron unas voces. Se subió el pantalón y se cerró la camisa. Ella seguía durmiendo. Se lavó la cara y bajó la escalera hasta el salón y de allí a la terraza. Los galeses estaban sentados alrededor de una mesa y reclamaban cerveza.

—We thought you were gone —dijo el barbudo.

—No, I just needed some sleep —dijo el guía mientras empezaba a servirles una botella de cerveza.

—¿Cuándo quieren salir? —preguntó el lanchero.

—En un rato nomás —dijo el guía y sorbió de un porrón.

—Bueno, yo los espero a bordo —dijo el lanchero. —Avisame cuando estén listos.

El guía prendió un cigarrillo. Ya faltaba poco para terminar este trabajo. Cuando arrancó la lancha, miró hacia la casa. Ella estaba asomada a la ventana, apoyada en sus brazos. El no hizo ningún gesto. Ella tampoco.

LECTURAS

Los anuncios de un programa de radio y los ladridos del perro de la vecina opacaron un largo gemido ascendente y entrecortado. Los músculos aflojaron la tensión. La pequeña muerte, pensó. Miró en el lavatorio, luego en el espejo. Mientras esperaba que el agua dejara de salir turbia, observó detenidamente sus ojos y las arrugas finas que corrían dócilmente hacia el lagrimal. Encima de la nariz, entre las cejas, vio dos marcas, un acento grave y uno agudo, que por más que quisiera anularlas haciendo muecas, permanecían. Sólo le quedaba sonreír. Se lavó y se secó. Se subió los pantalones del pijama y pasó dos veces la mano con los dedos abiertos por el pelo recientemente encanecido. Se dirigió hacia la cama. Recordó una sensación de angustia que le había arañado la espalda; ahora parecía lejana. Se recostó en el centro y no bien cerró los ojos, lo atrapó un sueño profundo.

Pasaron cuarenta minutos. Al despertar, miró el reloj y dijo: "Ya basta". Se levantó, fue a la cocina y calentó un poco de café. Mientras lo sorbía, salió al patio. La mirada se le detuvo en un pedazo de cornisa floja que hace varios meses había descubierto. Las plantas necesitaban agua. Una brisa acomodaba las hojas secas en una esquina. Trajo un sillón de ratán y se sentó a leer el diario del domingo.

Los titulares lo ocuparon poco. Hojeó el resto. La sección literaria era monótona, como de costumbre. Había muerto un escritor del oeste de EE.UU. de quien había leído unos cuentos recientemente. En particular, le había gustado uno sobre los últimos días y la muerte de Chejov, en un lugar de aguas termales de la Selva Negra. Se llamaba Badenweiler. En junio de 1904, Chejov llegó hasta allí para morir. Durante años los rusos que podían pagárselo iban a bañarse en las aguas milagrosas y a pasearse por los boulevares donde, en verano, corría un poco de aire. Chejov viajó en tren desde Moscú hasta Berlín con su mujer, la actriz Olga Knipper, a quien conoció en 1898 durante los ensayos de *La Gaviota*. El cuento es magnífico, pero no viene al caso parafrasearlo.

Se sorprendió que el diario *La Nación* se ocupara de aquella muerte, mientras en vida no lo había considerado, pero también recordó que el cuento sobre Chejov estaba al final de la última colección de cuentos que el tipo había publicado.

Raymond Carver, pués de él se trata, era joven, no llegaba a los cincuenta y nunca antes se había ocupado en sus cuentos de un tema literario. Le gustaba hablar de separaciones dolorosas, de relaciones entre hombres y mujeres que se quieren pero no saben que pueden hacer para entenderse. O, cuando se escapaba de esos temas, por ejemplo, caía en los gansos salvajes, aquella variedad, los Canadá que forman pareja una sola vez y de por vida; si uno perece, el otro queda solo hasta la muerte.

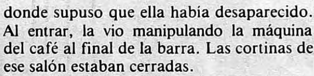
Tenía otros temas más, todos ligados entre sí por una visión al rallenti de la vida. Es lo que hace un escritor, contar su manera de ver las cosas. Nada más. Porque lo que le pasa y le preocupa a un escritor sólo le interesa a otro escritor. Por esa razón, evitaba que los personajes fuesen escritores o lo que los intelectuales llaman *artistas*.

El hombre que se masturbó, que durmió una breve siesta y que luego se tomó un café y se sentó en el patio a leer el diario, no es un escritor, sino simplemente un hombre al que le gusta leer de vez en vez, cuando tiene tiempo, un cuento o una novela y que se permite emocionarse ante una página, o una frase, y que sueña, con un breve sobresalto en el corazón, que algún día hará un viaje a un lugar remoto y sorprendente.



LECTURAS

EN EL DELTA



Llegaron al puerto a las tres de la tarde. En la ciudad habían almorzado en una parrilla al aire libre con vino de precio. Para los galeses era vida de magnates. El guía, se acercó a una de las lanchas y negoció una vuelta por el Delta. Luego volvió a la camioneta donde esperaban los galeses y el cameraman.

—¿Five hours, 500 australes, is that OK? —le preguntó al galés barbudo.

—¿What do you think? —dijo el tipo.

—Yeah, I think is OK —dijo el guía. Cargaron parte del equipo y se dirigieron al embarcadero. El motor de la lancha ya estaba regulando y el asistente del lanchero sujetaba la amarra. Subieron las dos mujeres, el barbudo, el cameraman y el guía por último. En la proa había cuatro sillones de madera y los galeses se acomodaron. El guía se sentó dentro de la cabina.

Apenas se alejaron del puerto empezó a correr un poco más de aire. El lanchero llamó al guía con un gesto. Le mostró un grasiento mapa del Delta y le preguntó qué recorrido querían hacer. Eligió uno por canales pequeños. Por la mitad del trayecto iban a parar en un hotel para poder bañarse en el río y tomar algo fresco.

El guía se acomodó en la cabina e intentó dormir una siesta. La camisa se le pegaba al cuerpo y el sudor le hacía picar el cuero cabelludo. Los galeses fumaban y tomaban el sol encantados. Cada tanto señalaban alguna mansión y preguntaban el precio. Le indicaban al cameraman algunas tomas pero básicamente gozaban del buen tiempo sin preocuparse del calor.

La lancha avanzaba a media máquina. Cada vez que cruzaban otra embarcación, el oleaje la hacía oscilar y los galeses se reían. Le quitaban solemnidad a la quietud de las islas.

El guía se adormiló y despertó cuando estaban atracando. Una vieja casona de madera medio despintada se levantaba entre los árboles. El lanchero los ayudó a bajar y los acompañó hasta un salón con un gran ventanal sobre el río. Todos fueron a ponerse un traje de baño, menos el guía, que se sentó a hojear una revista con un porrón de cerveza en la mano. Estaba cabeceando en la reposera cuando una mujer del hotel se le acercó y con una sonrisa le preguntó si deseaba algo más.

—Un café, por favor —dijo.

—Sí, ya te lo traigo, —dijo ella tuteándolo. La miró alejarse y observó cómo se movía el ganapán dentro del apretado uniforme de algodón. Peroo no bien la perdió de vista pensó que debía pedir un café fuerte, uno que lo despabilara realmente.

Se incorporó y fue hacia la puerta por donde supuso que ella había desaparecido. Al entrar, la vio manipulando la máquina del café al final de la barra. Las cortinas de ese salón estaban cerradas.

—¿Lo podés hacer bien fuerte? —le dijo acercándose.

—Como quieras. Entonces este me lo tomo yo —dijo mientras le ponía un terrón de azúcar—. ¿De dónde son esta gente?

—Son de la televisión inglesa. Vinieron para las elecciones —dijo él. La mujer tenía unos cuarenta años. Le miró el escote, la boca gruesa y los dientes blancos.

—Y contame, ¿van a filmar en este hotel? —dijo ella.

—Tal vez, no sé —dijo el guía.

—Entonces me tengo que ir a arreglar —dijo ella.

—Pero, si estás lo más bien —dijo él.

—¿Te gusta el café así?

—Sí, está muy bueno —dijo—. ¿Este hotel está abierto todo el año?

—Sí. Pero en el invierno sólo viene gente los fines de semana.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—Veinticinco matrimoniales y ocho simples, ¿querés ver alguna? Ahora están todas vacías. Si sigue este calor puede ser que el sábado venga gente.

—Bueno, mostrame una cualquiera.

Subieron por una escalera ancha hasta el primer piso y ella sacó una llave del bolsillo del uniforme. Abrió la segunda puerta y el destello de la tarde iluminó la cama cubierta por una colcha blanca. La madera de las paredes y de las puertas estaba barnizada y las manijas de bronce estaban lustradas. El guía respiraba dificultosamente como si hubiera corrido. La mujer abrió la puerta del baño.

—¿Qué te parece? —dijo ella, mirándose al espejo y arreglándose el pelo con la mano.

—Muy lindo, quizá venga alguna vez a pasar unos días —dijo el guía y se le acercó por detrás hasta apoyarse contra ella. El botiquín era antiguo con el espejo gastado en los bordes. Le puso una mano en cada pecho y le besó el cuello. Ella apretó sus manos sobre las suyas y lo miró en los ojos. Así estuvieron unos instantes antes de besarse. Luego ella se volteó y comenzó a desabotonarse el uniforme. El se apartó para observarla. Cuando todos los botones estuvieron desprendidos hasta abajo, ella lo abrió. El corpiño blanco ahogaba a dos enormes pechos. El guía introdujo una mano adentro, mientras que con la otra lo desabrochaba. Se besaron y cayeron sobre la cama.

Desde el jardín lo despertaron unas voces. Se subió el pantalón y se cerró la camisa. Ella seguía durmiendo. Se lavó la cara y bajó la escalera hasta el salón y de allí a la terraza. Los galeses estaban sentados alrededor de una mesa y reclamaban cerveza.

—We thought you were gone —dijo el barbudo.

—No, I just needed some sleep —dijo el guía mientras empezaba a servirles una botella de cerveza.

—¿Cuándo quieren salir? —preguntó el lanchero.

—En un rato nomás —dijo el guía y sorbió de un porrón.

—Bueno, yo los espero a bordo —dijo el lanchero. —Avisame cuando estén listos.

El guía prendió un cigarrillo. Ya faltaba poco para terminar este trabajo. Cuando arrancó la lancha, miró hacia la casa. Ella estaba asomada a la ventana, apoyada en sus brazos. El no hizo ningún gesto. Ella tampoco.



Los anuncios de un programa de radio y los ladridos del perro de la vecina opacaron un largo gemido ascendente y entrecortado. Los músculos aflojaron la tensión. La pequeña muerte, pensó. Miró en el lavatorio, luego en el espejo. Mientras esperaba que el agua dejara de salir turbia, observó detenidamente sus ojos y las arrugas finas que corrían dócilmente hacia el lagrimal. Encima de la nariz, entre las cejas, vio dos marcas, un acento grave y uno agudo, que por más que quisiera anularlas haciendo muecas, permanecían. Sólo le quedaba sonreír. Se lavó y se secó. Se subió los pantalones del pijama y pasó dos veces la mano con los dedos abiertos por el pelo recientemente encanecido. Se dirigió hacia la cama. Recordó una sensación de angustia que le había arañado la espalda; ahora parecía lejana. Se recostó en el centro y no bien cerró los ojos, lo atrapó un sueño profundo.

Pasaron cuarenta minutos. Al despertar, miró el reloj y dijo: "Ya basta". Se levantó, fue a la cocina y calentó un poco de café. Mientras lo sorbía, salió al patio. La mirada se le detuvo en un pedazo de cornisa floja que hace varios meses había descubierto. Las plantas necesitaban agua. Una brisa acomodaba las hojas secas en una esquina. Trajo un sillón de ratán y se sentó a leer el diario del domingo.

Los titulares lo ocuparon poco. Hojeó el resto. La sección literaria era monótona, como de costumbre. Había muerto un escritor del oeste de EE.UU. de quien había leído unos cuentos recientemente. En particular, le había gustado uno sobre los últimos días y la muerte de Chejov, en un lugar de aguas termales de la Selva Negra. Se llamaba Badenweiler. En junio de 1904, Chejov llegó hasta allí para morir. Durante años los rusos que podían pagárselo iban a bañarse en las aguas milagrosas y a pasearse por los boulevares donde, en verano, corría un poco de aire. Chejov viajó en tren desde Moscú hasta Berlín con su mujer, la actriz Olga Knipper, a quien conoció en 1898 durante los ensayos de *La Gaviota*. El cuento es magnífico, pero no viene al caso parafrasearlo.

Se sorprendió que el diario *La Nación* se ocupara de aquella muerte, mientras en vida no lo había considerado, pero también recordó que el cuento sobre Chejov estaba al final de la última colección de cuentos que el tipo había publicado.

Raymond Carver, pués de él se trata, era joven, no llegaba a los cincuenta y nunca antes se había ocupado en sus cuentos de un tema literario. Le gustaba hablar de separaciones dolorosas, de relaciones entre hombres y mujeres que se quieren pero no saben que pueden hacer para entenderse. O, cuando se escapaba de esos temas, por ejemplo, caía en los gansos salvajes, aquella variedad, los Canadá que forman pareja una sola vez y de por vida; si uno perece, el otro queda solo hasta la muerte.

Tenía otros temas más, todos ligados entre sí por una visión al rallenti de la vida. Es lo que hace un escritor, contar su manera de ver las cosas. Nada más. Porque lo que le pasa y le preocupa a un escritor sólo le interesa a otro escritor. Por esa razón, evitaba que los personajes fuesen escritores o lo que los intelectuales llaman *artistas*.

El hombre que se masturbó, que durmió una breve siesta y que luego se tomó un café y se sentó en el patio a leer el diario, no es un escritor, sino simplemente un hombre al que le gusta leer de vez en vez, cuando tiene tiempo, un cuento o una novela y que se permite emocionarse ante una página, o una frase, y que sueña, con un breve sobresalto en el corazón, que algún día hará un viaje a un lugar remoto y sorprendente.

CRUCIGRAMA



VERTICALES: 1. "Caperucita ..."/ Color del dólar. 2. Ultima letra./ Moneda rumana. 3. Contracción./ (El ...) Obra de E. Sábato./ ... de la Plata. 4. Repetición musical./ Apodo de Serrat./ ... de Ajó. 5. Expresado mediante el habla./ Neón./ La punk Hagen. 6. Alma./ Pasa la vista por lo escrito. 7. Otorgan./ Ave anseriforme. 8. Casualidad./ Factor sanguíneo./ Señal de detención. 9. Aféresis de nacional./ Abel y .../ Ranking en el ajedrez. 10. Prefijo: tres./ ... Piazzolla./ Lengua provenzal. 11. Anuda./ Aguardiente anisado. 12. Planta de energía eléctrica./ Planta umbelífera.

HORIZONTALES: 1. (El ...) Capital de Sudáfrica./ Gaseosa. 2. Moneda italiana./ Rey ruso. 3. "El Mago de ..." (film)./ "Las ... del pescador" (film). 4. Avión de reacción./ Amarrar./ (Para ...) Revista. 5. Pez comestible./ Manganeso./ (James) Actor estadounidense. 6. Piña./ Nivel. 7. Letra castellana./ Mona de Tarzán. 8. Forma del pronombre de tercera persona./ Litio./ (La ...) Film con Pepe Soriano. 9. Nota musical./ Elliot) El "intocable"./ Requiéscat in pace. 10. "La Bella ..."/ Afirmación. 11. Terminación de los apellidos armenios./ Dios del viento. 12. Conjunto de normas de conducta aceptadas./ Escaso.

REPTILES Y ANFIBIOS

Por D. J. Kozigián

Encuentre en la sopa las siete palabras referidas al título que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda, damos una palabra ya ubicada.

O	I	V	A	R	P	T	E	M	E
B	S	E	R	P	I	E	N	T	E
R	A	S	E	E	N	S	N	T	I
A	J	R	O	C	M	L	P	C	A
V	I	B	O	R	A	L	N	U	E
P	T	E	M	U	Q	Z	R	L	A
A	R	S	A	C	A	O	Q	E	U
C	A	O	L	F	E	N	T	B	E
N	G	E	V	E	V	E	E	R	D
L	A	C	E	R	T	A	E	A	I
R	L	P	A	R	Q	U	R	O	N
E	C	O	T	R	A	G	A	L	A
E	Q	U	E	M	E	S	E	R	A

EL ENIGMA NO APTO PARA INCREDULOS

		FORMA					COLOR					PEDIDO				
		Avión	Cigarro	Hongo	Pirámide	Plato	Ambar	Azul	Púrpura	Rojo	Verde	Agua	Cigarrillo	Fuego	Hora	Sangre
NOMBRE	Augusto															
	Carlos															
	Daniel															
	Ernesto															
	Julio															
PEDIDO	Agua															
	Cigarrillo															
	Fuego															
	Hora															
	Sangre															
COLOR	Ambar															
	Azul															
	Púrpura															
	Rojo															
	Verde															

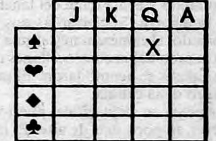
En una misma noche, la policía recibió varias denuncias sobre la aparición de platos voladores. Echele una mirada al horizonte y determine qué forma tenía la nave mencionada en cada denuncia, de qué color eran sus tripulantes y qué pidieron en cada caso.

1. Imagínese el terror de Daniel, quien dijo haber visto bajar de una nave que no tenía forma de pirámide, un enano, cabezón y de brazos larguísimos, de color rojo intenso, y que le pidió prestado "...un litrito de sangre, por un ratito no más..."
2. De la nave con forma de plato bajaron los seres de color ámbar.
3. El que pidió agua para su batería cerebral, según dijo Ernesto, no bajó de una nave con forma de pirámide, ni era verde.
4. Augusto, cuyo ser no era verde, hizo su denuncia antes de aquel que habló de los gigantes púrpura con su nave en forma de hongo, pero después del que habló del ser azul.
5. Desde un cigarro, a Julio le preguntaron la hora. Los seres no eran azules.
6. Antes de aquel que dice haber visto seres azules hizo la denuncia quien dijo que le pidieron cigarrillos.

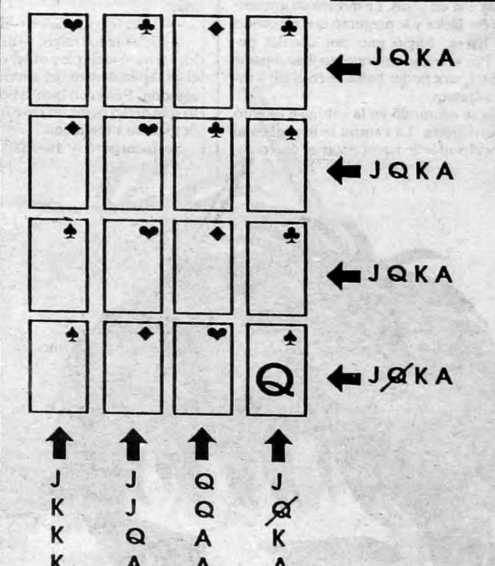
CUADRO DE NAIPES

Por A. FREIRE

El cuadro está formado por los naipes J, K, Q y As de los cuatro palos. Deduzca el valor de cada naipe, a partir de los valores, desordenados, que se dan por hileras y columnas. No pueden quedar dos cartas de un mismo valor con igual palo. Para evitar repeticiones, marque lo que va descubriendo en el esquema inferior.



	J	K	Q	A
♠			X	
♥				
♦				
♣				



SOLUCION

Augusto, plato, ámbar, cigarrillos. Carlos, pirámide, azul, fuego. Daniel, avión, rojo, sangre. Ernesto, hongo, púrpura, agua. Julio, cigarro, verde, hora.



ESPACIO PUBLICITARIO

TEATRO

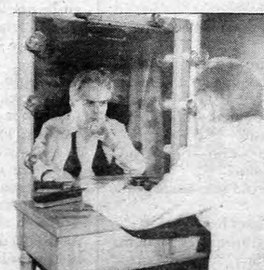
La oportunidad. Sobre textos de Ionesco y Freers. Teatro del absurdo en una excelente puesta teatral. Premio Estrella de Mar '89. Lunes 22 hs. Centro Cultural Los Trascendentales. Colón 2042.

Desde las sombras. Reflexiones de un actor. Una obra que insiste en resaltar el mágico valor del teatro. Dirección: Daniel Lambertini. Teatro Laboratorio. Lunes y martes 24 hs. Centro Cultural Los Trascendentales. Colón 2042.

Yo burgués de Moliere. De miércoles a domingo 22 hs. Dirección: Sergio Paris. Brillante adaptación del mejor comediante de todos los siglos. Diversión y reflexión en una buena propuesta. Centro Cultural Los Trascendentales. Colón 2042.

Jesus Christ Superstar. La ópera rock de Tim Rice y Andrew Lloyd Webber en su versión original. 40 intérpretes y 12 músicos. La producción más importante de la temporada. De martes a domingo 22.30 y 0.30. Sala San Martín. Av. Independencia 2767.

El amor al teatro. Unipersonal de Andrés Di Stéfano sobre textos clásicos. Todos los días 21.30. Teatro Independencia. Av. Independencia 1462.



Daniel Riolobos

MUSICA

Zarzuelas en la gran avenida III. Interpretada por la Compañía del Teatro Colonial de Buenos Aires. Renovado repertorio de fragmentos de los títulos más importantes de la lírica española. Dirección musical: maestro Carlos Rolla. Dirección general: Adrián Di Stéfano. Todos los días 21.30. Teatro Independencia. Av. Independencia 1462.

A toda costa. Unipersonal de Edda Díaz. Humor y picardía sin límite. Lunes y martes 23 hs. La Casona del Conde - Salón Auditorium. Primer piso. San Luis casi Falucho (Plaza Mitre). Tel.: 2-5153.

La Casona del Conde Café-Pub. Salón verde planta baja. *Dúo Cuatro - Sebastiano y Daniel Riolobos.* Todos los días a la 1. San Luis casi Falucho (Plaza Mitre). Tel. 2-5153.

La Minga. Hoy *Juan Manuel Chazarreta* (folklore) y *Ricardo Martín* (tango).



Dúo Cuatro

Sábado 27: *Gabriela Bini* y *Alberto Amado* en Noche de poesía.

Domingo 28— *Alicia Frigerio* y *Analía Nocito*. Colón y Guido.

Jockey Club Concert. Simplemente jazz y Ragtime Jazz Band. Todos los días a la medianoche. Entrada A 5000 con consumición Rivadavia esquina Corrientes. Tel.: 4-1572.

DISCOTECA

Shampoo Disco. Con estilo para que cada noche sea muy especial. Todos los días con propuestas diferentes. Corrientes 2044.

Pio Baroja. La disco para 2000 personas que te ofrece un piobar con video y la intensa marcha del verano. Buenos Aires entre Rivadavia y Belgrano.

Idolem Discotheque. Los jueves, viernes, sábado y domingos bailamos la lambada. Constitución y Carlos Tejedor.

INFANTILES

Expo Niño '90 y sus cachorros. Juegos infantiles, autitos chocadores y juegos de destreza 34 razas de perros de pedigree. Arenales y Colón.

CAFE

Tumi café-pub a la hora del encuentro. Av. Luro 2372.

Metro Caffe. El mejor café de la ciudad de 8 a 24. Rivadavia 3186.

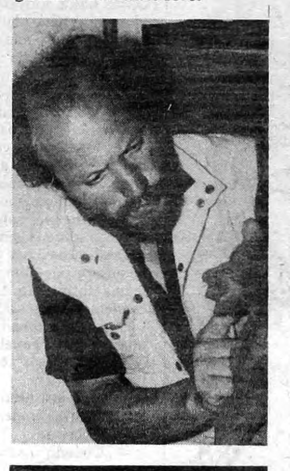
Café Pub Vía Fronti. Un café diferente. Rivadavia casi Diagonal Pueyrredón.

RESTAURANTE

Tía Pepina. Comida casera. H. Yrigoyen 2699 esquina Rawson. Tel.: 2-5309.

EXPOSICIONES

Casa de Salta en Mar del Plata. Exposición y venta de los trabajos de Harogalli y muestra de artículos regionales. Corrientes 1676.



DEPORTES

En el kilómetro 16 de la ruta a Balcarce un Paraíso del golf. Cancha de 18 hoyos. Torneos abiertos. Martes, jueves, sábados y domingos. Restaurante y confitería.